

ni un corto rato en toda la noche, pues apenas cerraba los ojos cuando despertaba estremeciéndome, agitado por el pavor de mi conciencia, que me representaba con la mayor viveza á mi esposa, á la que creía ver junto á mí, y que lanzándome unas miradas terribles, me decía: ¡Cruel! ¡Para qué me sedugiste y apartaste del amable lado de mi madre? ¡Para qué juraste que me amabas y te enlazaste conmigo con el vínculo mas tierno y mas estrecho, y para qué te llamaste padre de ese infante abortado por tu causa, si al fin no habias de ser sino un verdugo de tu esposa y de tu hijo?

Semejantes cargos me parecia escuchar de la fria boca de mi infeliz esposa, y lleno de susto y de congoja esperaba que el sol disipara las negras sombras de la noche, para salir de aquella habitacion funesta que tanto me acordaba mis indignos proceder.

Amaneció por fin, y como en todo el cuarto no habia cosa que valiera un real, me salí de él, y dí la llave á una vecina con ánimo de apartarme de una vez de aquellos lúgubres recintos.

CAPITULO VII.

En el que Periquillo cuenta la suerte de Luisa, y una sangrienta aventura que tuvo, con otras cosas deleitables y pasaderas.

Po hice como lo propuse, y me fuí á andar las calles sin destino, lleno de confusion, sin medio real ni arbitrio de tenerlo, y con bastante hambre, pues ni habia cenado la noche anterior, ni me habia desayunado aquel dia.

En este fatal estado me dirijí á mi antigua guarida, al truco de la Alcaiceria, á ver si hallaba en él á alguno de mis primeros conocidos que se doliera de mis penas, y tal vez me las socorriera de algun modo, á lo menos la ejecutiva de mi estómago.

No me equivoqué en la primera parte, porque hallé en el

truco á casi todos los antiguos concurrentes, los que luego que me vieron, conocieron y se impusieron de mi deplorable estado, en vez de compadecerse de mi suerte, trataron de burlarse alegremente de mi desgracia, diciéndome: ¡Oh señor D. Pedro! ¡Cómo se conoce que los pobres hedemos á muertos! Cuando vd. tuvo su bonanza no se volvió á acordar para nada de nosotros ni de los favores que nos debió. Si nos encontraba en alguna calle, se hacia de la vista gorda y pasaba sin saludarnos: si alguno de nosotros le hablaba, hacia que no nos conocia: si lo ocupábamos alguna vez, nos mandaba desairar con Roque, aquel su barbero que tambien anda ya hecho un andrajo, y finalmente manifestó en su bonanza todo el desprecio que le fué posible ácia nosotros.

Señor D. Pedro: el dinero tiene la gracia, para algunos, de hacerlos olvidadizos con sus mejores amigos si son pobres. Vd. cuando tuvo dinero procuró no rozarse con nosotros por pobres: y así ahora que está pelado, váyase allá con sus amigos los señores de capas y casacas, y no vuelva á poner aquí los pies, mientras que no traiga un peso que jugar, porque nosotros no queremos juntarnos con su merced.

De este modo me insultó cada uno lo mejor que pudo, y yo no tuve mas oportuna respuesta que marcharme, como suelen decir, con la cola entre las piernas, reflexionando que cuanto me habian dicho era cierto, y era fuerza que yo recogiera el fruto de mi vanidad y mis locuras.

Como el hambre me apuraba, traté de ir á pedir algun socorro á los amigos que me habian comido medio lado, y se habian divertido á mi costa.

No me fué difícil hallarlos; pero ¡cuál fué mi cólera y mi congoja, cuando despues de avergonzarme con todos, presentándome á su vista en un estado tan indecente, despues de referirles mis miserias, y provocar su piedad con aquella energia que sabe usar la indigencia en tales ocasiones, solo escuché desprecios, sátiras y burletas!

Unos me decían: vd. tiene la culpa de verse en ese estado; si no hubiera sido calavera, hoy tendría que comer. Otros: amigo, yo apenas alcanzo para mantener á mi familia; todavía está vd. mozo y robusto: siente plaza en un regimiento, que el rey es padre de pobres: otros fingiendo una grande admiracion me decían: ¡válgame Dios! ¡Y cómo se le arrancó á vd. tan pronto? Yo lo decía, y ellos replicaban: aquellos gastos y vanidades de vd. no podían tener otro fin: otros, vaya vd. con esas quejas á los ricos, que á ellos se les debe pedir limosna y no á los pobres como yo.

Así me iban todos despidiendo, y los mas piadosos me hacían creer que se compadecían de mi desgracia; pero que no la podían remediar.

De esta suerte triste, despechado y hambriento salí de todas partes, sin que hubiera habido uno de tantos que se lisongeaban de llamarse mis amigos, que me hubiera dado siquiera un posillo de chocolate.

A mí ya no me cogían muy de nuevo estas ingratitudes; pero no me había aprovechado de sus lecciones. Pensaba que todos los que se dicen amigos en el mundo, lo eran de las personas y no de sus intereses; mas entonces y despues he visto que hay muchos amigos pero muy pocas amistades.

La falsedad de los amigos es muy antigua en el mundo. En el libro mas santo y verdadero * se leen todas estas sentencias: *Hay amigos de tiempos, que no permanecen en el dia de la tribulacion. Hay amigos muy puntuales á la mesa, que no serán así en el dia de la necesidad.* En el mismo lugar se dice: *dischoso el que ha hallado un amigo verdadero. En el tiempo de su tribulacion permánetele fiel. Sé fiel con el amigo en su pobreza. Yo no me confundiré ó avergonzaré de saludar á mi amigo; no me excusaré de él, y si me viniere algun mal por su*

* Eclesiást. Cap. 6, Vs. 8, 10, 14, 15 y 17. Cap. 22, Vs. 28 y 31. Cap. 26, Vs. 12 y 23.

causa, lo sufriré. Alabando al buen amigo dice: *que el amigo fiel es una robusta proteccion, que el que lo halló, encontró un tesoro; y por último dice: que ninguna comparacion es propia para ensalzar al fiel amigo, ni junto á su bondad es digna la ponderacion del oro ni de la plata.*

¡Pero quién será este desinteresado, este prudente, este fiel y este amigo verdadero? *El que teme á Dios, dice el mismo Eclesiástico, ese sabrá tener una buena amistad.*

Lejos estaba yo en esos tiempos de saber estas cosas, ni de valerme de los escarmientos que el mismo mundo me proporcionaba; y así es que sin sentir mas que las penas actuales que me afligían, viendo que la esperanza que yo tenia en mis falsos amigos se había acabado, que no hallaba abrigo ni consuelo en parte alguna, y que mi hambre crecía por momentos, eché mano de mi pobre chupa para venderla, como lo hice, y me fui á almorzar, sobrándome creo que ocho ó diez reales.

El dia lo pasé adivinando en donde me quedaria en la noche; pero cuando esta llegó se me juntó el cielo con la tierra, no teniendo un jacal en donde recogerme.

En este estado determiné arrojarme á la casa del sastre que me hizo la ropa, y pedirle que por Dios me hospedara en esa noche.

Con esta determinacion iba yo por la calle de los Mesones, cuando ví en una accesoria á Luisa, nada indecente. Parecióme mas bonita que nunca, y creyendo volver á lazar su amistad, y valerme de ella para aliviar mis males, me acerqué á su puerta, y con una voz muy expresiva le dije: Luisa, querida Luisa, ¿me conoces? Ella se acordó sin duda de mi voz, pero para certificarse me dijo: no señor, ¿quién es vd? A lo que contesté: yo soy Pedro Sarmiento, aquel Pedro que te ha querido tanto, y que cuando tuvo proporciones te sostuvo en un grado de decencia y señorío al que tú jamás hubieras llegado por tu propia virtud.

¡Ah! Sí, decía la socarrona Luisa: vd. es señor Periquillo

Sarniento, el que fué mozo del difunto Chanfaina, y el que me echó á bofetadas de su casa. Ya me acuerdo, y cierto que tengo harto que agradecerle. Bien está, Luisa, le respondí; pero tu infidelidad con Roque dió márgen á aquel atropellamiento.

Ya eso pasó, decia Luisa, y ahora ¿qué quiere vd?—¿Qué he de querer? Volver á disfrutar tus caricias.—¿Pues no vé vd. contestó, que eso es tontera? Vaya, no me haga burla, ni se meta con las infieles. Váyase con Dios, no venga mi marido y lo halle platicando conmigo.

Pues hija, ¿qué te has casado?—Si señor, me he casado y con un muchacho muy hombre de bien, que me quiere mucho y yo á él. ¿Pues qué pensaba vd. que me habia de faltar? No señor: si vd. me escupió, otro me recogió. En fin, yo no quiero pláticas con vd.

Diciendo esto se entró, y me hubiera dado con la puerta en la cara, si yo tan atrevido como incrédulo de su nuevo estado, no me hubiera metido detras de ella.

Así lo hice, y la pobre Luisa toda asustada quiso salirse á la calle; pero no pudo, porque yo la afiancé de los brazos y forcejando los dos, ella por salirse y yo por detenerla, fué á dar sobre la cama.

Comenzó á alzar la voz para defenderse, y casi á gritos me decia: Váyase vd. señor Perico, ó señor diablo, que soy casada y no trato de ofender á mi marido.

La puerta de la accesoria se quedó entreabierta: yo estaba ciego, y ni atendí á esto, ni previne que sus gritos que esforzaba á cada instante, podian alborotar á los que pasaban por la calle y exponerme cuando menos á un bochorno.

¡Ojalá no mas hubiera parado en esto! pero el cielo me preparaba castigo mas condigno á mi crimen. Como habia de entrar Sancho ó Martin entró el marido de Luisa, y tan perturbada estaba esta, tratando de desasirse de mí, como enagenado yo por hacerla que de nuevo se rindiera á mis atrevidas seducciones: de suerte que ninguno de los dos advertimos que

su marido entrecerrando mejor la puerta, habia estado mirando la escena el tiempo que le bastó para certificarse de la inocencia de su muger y de mis execrables intentos.

Quando se satisfizo de ambas cosas, partió sobre mí como un rayo desprendido de la nube, y sin decir mas palabras que estas: pícaro, así se fuerza á una muger honrada, me clavó un puñal por entre las costillas con tal furia que la cacha no entró porque no cupo.

¡Jesus me valga! Dije yo al tiempo de caer al suelo revolcándome en mi sangre. Mi caida fué de espaldas, y el irritado marido, queriendo concluir la obra comenzada, alzó el brazo armado apuntándome la segunda puñalada al corazon. Entonces yo lleno de miedo le dije: por Maria Santisima que me deje vd. confesar, y aunque me mate despues.

Esta voz, ó el patrocinio de esta Señora, mediante la invocacion de su dulce nombre, contuvo á aquel hombre enojado, y tirando el puñal me dijo: válgate ese divino nombre que siempre he respetado.

A este tiempo ya estaba el aposento lleno de gente: los serenos aseguraron al heridor; la pobre Luisa estaba desmayada del susto, y el confesor á mi lado.

Me medio confesé, no sé como; porque quien sabe como se hacen las confesiones, los arrepentimientos y propósitos en unos lances tan apurados en que el hombre apenas basta para luchar con los dolores de las heridas y el temor de la muerte.

Pasada esta ceremonia, que en mi conciencia no fué otra cosa, atendida mi ninguna disposicion, perdonado mi enemigo con la boca, y trasladado este á la cárcel con su esposa injustamente, solo se decia de mí que moria sin remedio; porque me sangraba demasiado, sin haber quien me restañara la sangre, ó que siquiera me tapara la herida, ni aun cierto cirujano que por casualidad entró allí, pues todos decian que era preciso



que interviniera orden de la justicia para estas urgentísimas diligencias.

La efusion de sangre que padecia era copiosa, y me debilitaba por momentos: la basca anunciaba mi próxima muerte: toda la naturaleza humana se conmovia al dolor y al deseo de socorrerme á la presencia de mi cadavérico semblante; pero nadie se determinaba á impartirme los auxilios que le dictaba su caridad, ni aun á moverme de aquel sitio, hasta que quiso Dios que con la orden del juez llegó la camilla, y me condujeron á la cárcel.

Pusiéronme en la enfermería, y como era de noche, tardó en llegar el cirujano: y cuando vino, haciendo ponerme boca abajo, me introdujo la tintera, que me dolió mas que el puñal; me puso una vela en la herida para saber si el pulmon estaba roto é hizo no sé cuantas mas maniobras, y concluidas, ocurrió á restañarme la sangre, que le costó poco trabajo en virtud de la mucha que yo habia echado.

Despues me dieron atole ó no sé que otro confortativo semejante, declarando que la herida no era mortal.

Aquella noche la pasé como Dios quiso, y al dia siguiente me llevaron al hospital donde no extrañé ni la prolijidad del médico, ni la asistencia de la enfermería de la cárcel.

Allí en la cama dí mis declaraciones y disculpas, que acordadas con las de Luisa bastaron para ponerla en libertad con su marido.

A los veinte dias me dió por bueno el cirujano, y atendiendo los jueces á mis descargos, y al tiempo y dolencias que habia padecido, me pusieron en libertad, notificándome que jamás volviese á pasar por los umbrales de Luisa, lo que yo prometí cumplir de todo corazon, como que no era para menos el susto que habia llevado.

Cátenme vds. fuera del hospital, en la calle como siempre y sin medio en la bolsa; porque no sé si los serenos, los enfermeros de la cárcel ó los del hospital me hicieron el favor de ro-

barme los pocos que me sobraron de la venta de mi chupa, aunque algunos de ellos fueron sin duda.

Fuera del hospital traté siempre de buscar destino que si quiera me diera que comer. Por accidente se me puso en la cabeza entrar á misa en la parroquia de S. Miguel.

La oí con mucha devocion, y al salir de ella encontré en la puerta de la iglesia á un antiguo conocido, con quien comuniqué mis trabajos. Este me dijo que era el sacristan de allí y necesitaba un ayudante, que si yo queria, me acomodaria en su servicio. En la hora, le dije; pero me has de dar de almorzar, que tengo mucha hambre.

El pobre lo hizo así: me quedé con él, y cátenme aquí ya de aprendiz de sacristan.

CAPITULO VIII.

En el que se refiere como Periquillo se metió á sacristan: la aventura que le pasó con un cadáver: su ingreso en la cofradia de los mendigos y otras cosas tan ciertas como curiosas.

En todos los hombres dieran al público sus vidas escritas con la sencillez y exactitud que yo, apareceria una multitud de Periquillos en el mundo, cuyos altos y bajos, favorables y adversas aventuras se nos esconden porque cada uno procura ocultarnos sus deslices.

Los pasages de mi vida que os he referido y los que me faltan que escribir, nada tienen, hijos míos, de violentos, raros ni fabulosos; son bastante naturales, comunes y ciertos. No solo por mí han pasado, sino que los mas de ellos acaso acontecen diariamente á los Pericos encubiertos y vergonzantes. Yo solo os ruego lo que otras veces, esto es, que no leais mi vida por un mero pasatiempo; sino que de entre mis extravios, acaecimientos ridículos, largas digresiones, y lances burlescos procureis aprovechar las máximas de la sólida moral que van sembra-